

Pensando en el padre Gregorio Suárez y sus tres amores: Cristo-María-Iglesia

POR
TEÓFILO APARICIO LÓPEZ

I

Presentación

Al tiempo de escribir la *biografía del Siervo de Dios, padre Gregorio Suárez*, allá por el año 1975¹ tuve la osadía de pedir al que considero maestro mío en tantas cosas, Lope Cilleruelo, tuviera la amabilidad de presentarla en un breve prólogo.

El padre Lope accedió no sólo de buen grado, sino también hasta agradecido, pues tenía ganas de escribir sobre el que fuera, primero, su alumno y luego compañero y amigo, en tareas comunes de formación de jóvenes agustinos.

Él conoció de cerca al siervo de Dios, pues juntos colaboraron en dicha tarea en momentos y circunstancias difíciles –la década de los cuarenta–, y juntos habían soñado y proyectado muchas cosas. Entre otras, escribir una biografía sobre el padre Cámara. Un proyecto que, para ellos, era todo un símbolo. Lo habían planeado todo muy bien: Lope se encargaría de «la vida monástica» del señor obispo de Salamanca y Suárez «de su vida pública», puesto que tenía a su entera disposición los archivos de aquella ciudad, las confidencias de muchos sacerdotes, la confianza del obispo...²

1. APARICIO LOPEZ, Teófilo, *Padre Gregorio Suárez. La esperanza abierta*. Imp. "Gráficas 66", Valladolid, 1975.

2. Se trata de monseñor Barbado Viejo, dominico, obispo de Salamanca, que fue quien consiguió del padre Pedro Arguinzóniz, provincial entonces de la provincia del Stmo. Nombre de Jesús de Filipinas, que lo enviara a la Ciudad del Tormes para que explicara filosofía en su Universidad.

Por eso, bien pudo escribir lo siguiente: «Una biografía de la existencia del padre Gregorio Suárez parece difícil de realizar: normalmente reconocemos al árbol por sus frutos, y al hombre por la obra realizada. En cambio, en nuestro caso, tenemos que invertir el planteamiento del problema: Sin negar que al árbol se le conoce por sus frutos, se le conoce también desde su nacimiento por sus hojas, estructura, vigor, circunstancias. Con los datos elementales podemos ya hacer un cálculo de los frutos que producirá, o puede producir el árbol. Tenemos, pues, una Agricultura que tiene sus leyes y sus sabios»³.

La metáfora es hermosa y explica mucho nuestro tema. Pero habrá que reconocer que esta *Agricultura* no dio todos los frutos que cabía esperar de ella, pues el agricultor, o por mejor decir, *el árbol*, se nos murió en temprana edad.

El padre Gregorio Suárez⁴, cuando murió un 23 de abril de 1949 contaba solamente 34 años, pues había nacido el 30 de marzo de 1915.

Se nos murió en Salamanca, donde se encontraba ejerciendo el magisterio en su Universidad. En el célebre convento dominico de San Esteban, donde residía a falta, entonces, de un convento agustino.

Quien tuvo la suerte de asistir a su sepelio, pudo contemplarlo en su humilde féretro, como humilde fue siempre su persona, envuelto en el hábito negro de su Orden, a la que tanto amaba, «sonriente, blanco, ideal».

Breve vida, pero ejemplar vida. Una vida plena no sólo por el conjunto de obras buenas, sino porque fue también «una siembra de semillas, un sistema de relaciones, un reparto de influencias». Por lo que seguía y seguirá viviendo después de muerto, presionando, influyendo, comunicando, condicionando, comprometiendo a los vivos.

Gregorio Suárez y Lope Cilleruelo habían discutido muchas veces sobre este punto. De ahí, el interés de escribir conjuntamente la biografía del padre Tomás Cámara. Los dos coincidían en que han existido hombres que han sido influyentes; han desencadenado en el ambiente que les rodeaba energías poderosas; han sembrado semillas, que se siguen desarrollando por sí solas; han trabado relaciones en las que los amigos y aún los enemigos quedan condicionados; han provocado influencias que están ahí todavía, en el ambiente, presionando, en activo y en efectivo, aun después de haber desaparecido el sujeto que desencadenó todo ese nublado.

3. CILLERUELO, Lope, "*Algo más que un prólogo*". En APARICIO LOPEZ, Teófilo, *o.c.*, p. 7.

4. Su nombre completo era el de Gregorio Tomás Suárez Fernández, como aparece en su partida de bautismo. Pero nosotros le llamaremos siempre *padre Gregorio Suárez*, o simplemente *padre Suárez*, que es como era conocido en la Orden.

Lope estaba convencido de que su amigo e interlocutor «era una de las muchas fórmulas o soluciones que podían darse al problema de nuestra convivencia», pues en ese sentido, la existencia del padre Suárez era sencillamente *ejemplar*, y su postura dentro de la vida religiosa un modo recto de aceptar las responsabilidades que la misma existencia le deparaba en su tiempo: «en nuestra juventud, una auténtica lección de cómo se debe afrontar al destino en una circunstancia concreta, que ya nunca se repetirá, pero que puede servir de ejemplo por la rectitud y alteza de miras».

Por mi parte, yo estoy seguro de que, al cabo de cincuenta años de su muerte, el siervo de Dios continúa superviviendo en esa doble supervivencia humana, hoy tan de actualidad: la *personal*, que se desarrolla más allá de la tumba, y la *social*, que se desenvuelve entre nosotros. «Son dos supervivencias diferentes: la trascendente y la immanente», que diría un sesudo filósofo.

Porque, al igual que el padre Lope, yo no puedo imaginarme que un hombre virtuoso, cortado en la flor de la edad, sea como una planta tronchada por el hielo de la muerte. Por lo que el padre Suárez ha continuado viviendo más allá de la tumba. Y por lo que pude escribir, al comienzo de su biografía, consciente de lo que escribía: «He aquí un hombre. He aquí un santo. He aquí un siervo de Dios».

De ello hablarán, en este estudio, publicado como homenaje al siervo de Dios a los cincuenta años de su muerte, los testigos⁵, que, uno tras otro, fueron declarando ante el Tribunal que llevó la causa de su beatificación. Son testigos cualificados, que juraron decir la verdad, y que solamente acudieron a declarar, porque habían sido llamados por el vicepostulador, para mayor gloria de Dios y conocimiento exacto y verdadero de las virtudes de nuestro humilde y ejemplar agustino.

II

He aquí al hombre

Mas ahora nos podemos preguntar: ¿cómo era por dentro Gregorio Suárez? Los que tuvieron la dicha de conocerlo y tratarlo como profesor, como

5. Solamente he querido recoger en esta semblanza unos cuantos testimonios de los testigos más cualificados, en su mayoría ya difuntos, que declararon en el Proceso para la causa de su beatificación, pues aún quedan muchos entre los vivos y no deseo que cualquiera de ellos pudiera molestarse al no ser citado.

formador, como *animador* de jóvenes levitas, que se preparaban para dar el paso definitivo en la vida religiosa y en el sacerdocio, le recuerdan defendiendo a sus muchachos en aquellos días, tan necesitados de tantas cosas –hoy, en que los jóvenes lo tienen todo–; en la década de los cuarenta, «años del hambre y del estraperlo», años en que los superiores mandaban a sus casas a estudiantes de Humanidades y de Filosofía, sencillamente, porque no había pan en el arca, ni garbanzos en la talega, alegando otras excusas ⁶.

Pero prefiero que sean los muertos, salvo rara excepción, justamente, por la calidad y mérito de su testimonio, los que fueron sus compañeros de estudios, de profesorado, de tareas comunes de docencia y formación, los que nos hablen de él y nos ofrezcan su retrato moral y psicológico.

«Era bueno –declara uno de ellos–, y bastaría este elogio para llenar el epitafio colocado sobre la tumba de un hombre muerto a los 34 años de edad. Pero es que resulta que Dios le había adornado, además, de esas otras añadiduras del saber en un mil por uno. En Roma, donde cursó su carrera de sagrada Teología, admiró a sus superiores y condiscípulos por su religiosidad y amor al estudio, como nos admiraba ahora a nosotros. Era bueno. Y acaso el Señor se lo llevó para que nosotros llenáramos el hueco que deja él, esforzándonos en ser buenos también» ⁷.

«Era doctor en Filosofía –escribe otro agustino de su tiempo–. Era un hombre bien formado, dispuesto a producir; gran religioso, preocupado por el bien común, hombre enérgico al servicio del bien» ⁸.

Desde los días de su adolescencia, en el colegio de Valencia de don Juan, donde estudió Latín y Humanidades, llamaba la atención de sus compañeros por su piedad, por su recogimiento en la capilla, por su docilidad a los superiores y por su disposición para el estudio.

Cuando el que acaba de hacer este elogio sea superior suyo –su nombre, Claudio Burón–, dirá que Suárez «tenía estilo de santo». No podría asegurar que lo fuese, pero iba camino de ello. Solamente observar su conducta y modo de proceder, «se veía que tenía madera de santo, y así estaban convencidos de ello los demás religiosos».

Por si quedara alguna duda, a la hora de ser llamado como testigo en el proceso de beatificación y sea preguntado por el grado al que llegó en el

6. Viven aún algunos religiosos que lograron salvar su vocación, gracias a la intervención directa y firme del siervo de Dios, el cual tuvo que defenderlos ante el padre provincial y contra el parecer de algunos superiores inmediatos y profesores que estaban empeñados en enviarlos a sus casas.

7. DOMINGO CUBRÍA, A. En la revista "Apostolado", mayo 1949, p. 115. TEOFILO APARICIO. En "Boletín Informativo de la Provincia de Filipinas". Año II, n. 7. diciembre 1974, p. 5.

8. LOPE CILLERUELO. En revista "Casiciaco", mayo 1949, p. 124.

ejercicio de las virtudes, responderá que «las abrazaba todas por amor de Dios, le costara lo que le costara, haciéndolo de una manera constante y sin ninguna ostentación».

Sobre este mismo punto, Marcelino Corral, compañero suyo en Valencia de don Juan, añadirá que practicaba todas las virtudes «con constancia, agilidad, prontitud y alegría, al mismo tiempo que con una gran naturalidad».

De su estancia en Roma, un testigo declara que en el colegio internacional de Santa Mónica «era el modelo perfecto de la educación que entonces se daba; lo cual se explica por su carácter firme y sobrio, de una sola pieza».

Un experto en filosofía hablará, en estilo orteguiano, de la *mismidad* del padre Gregorio; dando a entender con esta palabra que, desde el punto de vista de su personalidad, era siempre el mismo, «consecuente con su ideal de perfección y de un hábito contraído durante años y años de ese modo de proceder».

Era tan humilde y lo hacía todo con tal sencillez, que no se hacía notar. Lo cual no quiere decir que pasara desapercibida su conducta. Entendámoslo. Sus pupilos lo sabían bien. «Para mí –dice uno de ellos–, tenía una personalidad y un estilo distinto del de los demás y muy superior a los demás, no sólo en el aspecto didáctico, sino también en el trato personal. Cumplía su deber con plena dedicación, con alegría y con entrega total»⁹.

Entre los testigos, hay un religioso agustino recoleto, padre José Alesón, que fue amigo suyo en Salamanca, residiendo juntos en el mencionado convento dominico de San Esteban, y que solía acompañarle por la ciudad, de modo especial, cuando el siervo de Dios iba a confesar a las hermanas agustinas.

En su declaración, cuenta anécdotas preciosas, que nos hablan de la mortificación y, al mismo tiempo, de la gran caridad que tenía para con el prójimo.

Ya sabemos cómo suelen ser de obsequiosas las monjas de clausura con quien se acerca a su locutorio, o confesonario. Las agustinas de Salamanca sabían que en San Esteban se comía mal y aun se pasaba hambre. Por lo que nunca faltaban los dulces para nuestros dos hermanos.

Y cuenta con gracia Alesón que, mientras el padre Suárez, les dirigía una plática de preparación para la confesión, él se comía su parte, pues no podía esperar a que terminara su tarea por el hambre que tenía.

9. Testimonio de Andrés Cañibano. Cf. *Actas del Proceso*, vol. II, fol. 196 y ss.

Lo más importante viene ahora. Una vez que el siervo de Dios había terminado de confesarlas a todas –solía ir cada quince días–, se llegaba a su compañero y le invitaba a que terminara la bandeja de dulces, sin probar él ni uno solo.

Alesón dice luego que «su religiosidad era extraordinaria, manifestada en su compostura durante la oración, y en sus conversaciones, pues cuando hablábamos los dos de Dios, lo hacía con una convicción de quien lo vive. Yo le admiré por la caridad con que, desde el primer momento, me trató e, incluso, por las veces con que también me corrigió con suma caridad»¹⁰.

El dato que añade no tiene desperdicio. Cuenta que Carlos Euba, igualmente agustino recoleto, compañero de estudios del siervo de Dios en Roma, decía al verlo: «este chico es un santo». Esta frase –remata Alesón– la hago completamente mía, y así le caracterizo en su personalidad humana y espiritual.

Hubo un seglar, pues ya no vive, que quiso ser religioso agustino, pero Dios lo sacó del claustro para que fuera, en el mundo, un esposo modelo y un padre de familia que no dudaría en entregar sus dos hijos varones a la Orden que un día tuvo que abandonar. Compañero de Suárez durante los estudios, hasta llegar a la teología, conservaba un grato recuerdo del amigo, y no dudó en declarar que éste, desde el primer momento que le conoció –entraron juntos y el mismo día en el colegio de Valencia de don Juan–, le atraía por su acendrada piedad y devoción; por lo que tanto él, como el resto de los compañeros de curso, le tuvieron como un religioso de gran virtud, dotado de una gran capacidad intelectual, que dio siempre un testimonio edificante de su vida religiosa¹¹.

Quirino Fernández, que, a su llegada a la Ciudad Eterna, le tuvo de «ayudante del padre Maestro» de los jóvenes agustinos del colegio internacional de Santa Mónica, dice que el padre Suárez se resume en la estampa edificante de un cristiano del siglo XX que, deliberadamente, pero sin rastro de *pietismo* ni *iluminismo*, prefería la contemplación a la acción, «y en quien me fue dado entrever el inmenso trabajo de reflexión, de búsqueda de perfección, que tenía lugar en lo secreto y en lo profundo de su alma»¹².

10. JOSÉ ALESÓN, *Ibid.* I. c., fol. 243-44.

11. Esta persona se llamaba Sotero Insunza, y fue padre de los religiosos agustinos Isaac y Santiago, pertenecientes los dos a la provincia de Castilla, el segundo de ellos consejero actualmente del padre General.

12. Quirino FERNÁNDEZ, *Actas del Proceso*, I. c., fol. 348.

Circunstancias extrañas que, a las veces, permite el Señor para mayor purificación de las personas que ama con especial predilección, pero que uno –desde lo humano– no lo acaba de entender, hicieron que Suárez fuera destinado a Salamanca. Allí, en la «Sorbona» de España, explicó Metafísica y tuvo alumnos, como cabía esperar, tan distinguidos como el doctor Alfredo Rubio de Castarlenas, sacerdote secular, pero anteriormente, médico de prestigio y profesor en la Facultad de Medicina de Barcelona.

Pues bien, este testigo afirma que, ante los elogios dispensados por los alumnos del siervo de Dios «sobre sus cualidades y virtudes», él llegó a formarse el juicio de que entre los profesores de la Universidad constituía un caso único, distinto a todos los demás. «Sus alumnos y compañeros míos –declara textualmente– comentaban con admiración el que, siendo tan joven el padre Gregorio Suárez, hubiese alcanzado ya una síntesis tan completa de maduración intelectual y de bondad»¹³.

Cuando le perdieron, fue tal el sentimiento de su temprana muerte, que todos coincidían en que habían perdido «a un amigo y a un hombre de Dios»; con la conciencia clara y la memoria fresca de que sentían más la muerte de este amigo y hombre de Dios, que la de un gran profesor.

En Salamanca, en medio de sus ocupaciones docentes, sacaba tiempo –queda dicho atrás–, para atender espiritualmente a las agustinas recoletas. Cuando se hizo el proceso de la causa de su beatificación, vivían todavía un buen grupo de ellas y para ellas se hizo un tribunal especial, con el fin de que pudieran declarar sin salir de la clausura.

Una de estas religiosas, sor Josefa Gajate Barahona, le recordaba de cuando hablaba con la comunidad, antes de acudir al confesonario, y le veía como «un hombre fervorosísimo, de una gran fe, esperanza y amor de Dios». «Respiraba en todo santidad y un deseo de hacernos a todas santas».

Pero será Heliodoro Morales Hernández, Vicario Episcopal de asuntos económicos de la diócesis salmantina, quien le recuerde como profesor suyo de Metafísica, y declare que era «un hombre profundamente humano y espiritual; y lo que más admiraba de él era la compostura y la prudencia no sólo en la cátedra, sino fuera de ella. Y añade conmovido: «A mí me produjo un fuerte *schov* psicológico su muerte, puesto que tenía verdadero afecto hacia él, motivado por su condición de hombre bueno»¹⁴.

La opinión general entre los condiscípulos –termina su hermoso testimonio–, era la de que estábamos ante un hombre todo de Dios, con gran unción

13. Dr. Alfredo RUBIO DE CASTARLENAS, *Ibid.*, fol. 348.

14. Heliodoro MORALES HERNANDEZ, *Ibid.*, fol. 604-5.

sacerdotal, y que se distinguía de los demás profesores porque, en el poco tiempo que estuvo, causó verdadero impacto.

Poco a poco, nos vamos enterando de cómo era el padre Gregorio Suárez. Espigando todavía lo mejor de los testigos, nos encontramos con el Dr. Jaime Brufau Prats, sacerdote diocesano de Salamanca, catedrático de Derecho Natural y Filosofía del Derecho en la Universidad de Valladolid, que le tuvo de profesor en la ciudad del Tormes y que nos le retrata como «de un carácter afable, con un fondo de timidez, fácilmente detectable. Era suavemente exigente, siempre dispuesto a escuchar y a atender a los alumnos. Se exigía a sí mismo como profesor y, al mismo tiempo, era comprensivo con los alumnos procurando que éstos cumpliesen con su deber. El iba siempre preparado a la clase. Sin ser exhortativo, afloraba siempre su sentido sacerdotal en las mismas.

Tengo el recuerdo de que, a través de todo su talante y su comportamiento, daba la sensación de vivir una vida espiritual intensa. Su comportamiento era siempre de gran sencillez y naturalidad»¹⁵.

¿Y cómo no traer a colación el testimonio de monseñor José Manuel Estepa, alumno ilustre entre los distinguidos del siervo de Dios? El que fuera obispo auxiliar y Vicario General de Madrid-Alcalá, actualmente Vicario General Castrense, consideró siempre a su profesor de filosofía en Salamanca como hombre de carácter amable, «atentísimo siempre, de una corrección y delicadeza sorprendentes».

Como profesor, era «competente, con una gran preparación inmediata, y se apreciaba una conciencia muy rigurosa en el cumplimiento de su deber, no sólo en su preparación, sino también en que las clases se dedicasen plenamente al estudio y cumplimiento de la tarea que se había asignado. Su formación era muy clásica»¹⁶.

Si ahora nos vamos a Roma y preguntamos a sus maestros y compañeros de estudios, como el padre Atanasio van der Weijden, nos dirá que era muy amable y sobresalía por su virtud aun antes de ser ordenado de sacerdote. Más tarde, recibido el orden sagrado sacerdotal y nombrado «Vice-Maestro», cree que su nota característica fue «un completo dominio de sí mismo, acompañado de una calma y serenidad de ánimo constante».

Nuestro profesor del Colegio Internacional de Santa Mónica le recuerda tan humilde, que, habiendo recibido la «Medalla de Oro» —“galardón rarísi-

15. *Dr. Jaime Brufau Prats*, *ibid.*, fol. 604-5.

16. *Mons. José Manuel Estepa*, *ibid.*, fol. 610.

mo, a juicio del propio rector de la Universidad Gregoriana», él trataba de ocultarlo, sin darle la menor importancia.

Por su parte, el padre David Gutiérrez, que fue quien le recibió, al llegar a la Ciudad Eterna, en la *Estación Termini*, declara que era «una persona muy equilibrada, que sobresalía por sus dotes intelectuales y por su gran virtud, anclada en los sólidos principios de la doctrina de la Iglesia. Tenía, además, un espíritu muy abierto y nunca cerrado en el sentido –diría yo– demasiado tradicionalista. Es más, yo diría que habría recibido con entusiasmo la apertura del Concilio Vaticano II, si no hubiera muerto antes de su celebración»¹⁷.

El padre Agustín Trapè, General que fue de la Orden de san Agustín, acaso el mejor y más íntimo amigo que tuvo el siervo de Dios en Roma, nos recuerda que, en sus largas conversaciones, el padre Gregorio demostraba tener las ideas muy claras y un gran equilibrio sobre los estudios y la misión del profesor. «Muchas veces me hablaba del estudio, del amor gratuito de la ciencia sagrada, la cual debía ser buscada por sí misma y nunca por la ambición humana».

Le dolía el estado en que se encontraban los estudios dentro de la Orden. Personalmente, no tenía ambición alguna por ser profesor, pero argüía que se preparaba a conciencia para serlo, porque los superiores se lo habían mandado¹⁸.

El padre Trapè no puede ser más elocuente en tan breves palabras como las que siguen: «Mi recuerdo personal y mi convicción es que el siervo de Dios, habiéndose mostrado verdaderamente como un religioso ejemplar en todo, se le puede definir en verdad como un santo»¹⁹.

III

Religioso y sacerdote modelo

De nuevo surgen ahora dos preguntas: ¿Cómo era el padre Gregorio Suárez por fuera, es decir, en su aspecto físico? ¿Y cómo se comportó en su doble ideal de religioso agustino y de sacerdote de Cristo?

17. *Padre David Gutiérrez*, *ibid.*, fol. 730.

18. *Padre Agustín Trapè*, *ibid.* fol. 770 y ss.

19. *Ibid.*, l. c., fol. 778.

Pues era –cuenta su hermano Luis– «fuerte y de buen aspecto; muy bien plantado. Era formal y al mismo tiempo alegre y risueño. La madre nos trataba a todos muy bien, pero tenía una cierta predilección por Gregorio, debido a sus cualidades muy fraternas y muy cariñosas».

Gregorio pertenecía a una familia numerosa. Habían sido once hermanos. Todos ellos nacidos en La Cortina (Asturias). Cinco le sobrevivieron para poder testificar en su causa de beatificación. Diez fueron varones y una sola hembra, que se llamaba Cesárea, la cual se quedará soltera para ser «ama de Cura», de Manuel, claro, muchos años párroco de Llanes y después canónigo de la catedral de Oviedo, donde murió no hace mucho tiempo.

Yo estoy viendo aún a esta mujer –ya ha muerto, también–, menudita de rostro, un poco encorvada por los años, muy humilde, siempre sonriente, hablando siempre bien de toda su familia, pero con una verdadera devoción de su hermano Gregorio.

Es natural que le recuerde de niño, inclinado a la piedad; dirigiendo –a sus diez años– el rosario en la iglesia, cuando el sacerdote marchaba a otra de las aldeas a celebrar la misa. Quiere verlo muy noble, aunque de carácter impetuoso.

Cesárea nos confirma que la primera educación moral y religiosa –en esto asienten los demás hermanos que declararon en el mismo proceso– «la recibió de los padres, especialmente de mi madre –dice–, que era muy piadosa y le gustaba encauzarlos a todos por el convento, pues por su gusto los hubiera hecho a todos religiosos».

Pero a mí se me ocurre preguntar ahora, que estamos tocando la infancia de Gregorio: ¿recibiría algún cachete del fornido y exigente labrador de La Cortina, Pedro Suárez, progenitor de sus días?

Cesárea cuenta, sobre el particular, que, siendo ya sacerdote el siervo de Dios, al volver de Roma y visitar a los suyos en su Asturias querida, el padre quiso excusarse ante el más ilustre de toda la familia «del fuerte tortazo que le había propinado un día, sin motivo alguno». Y cómo el hijo, bajó la cabeza, se puso colorado, y cortó rápido, desviando la conversación hacia otro lado”. Los verdaderos santos son así.

Cuando le toque declarar a Antonio –otro de los hermanos de Gregorio–, dirá que éste era un chico normal, sin que destacara en cosa alguna; a no ser por su bondad, por su aplicación en la escuela y por su inclinación a las cosas de Dios.

Luis, el hermano tal vez más querido del siervo de Dios, pues le seguía en la edad y siempre iban juntos a todas partes, declara que Gregorio era «un chavalín muy amable y muy querido por los otros niños, distinguido tanto por el párroco, como por el maestro de escuela».

Y para un psicólogo el dato siguiente: Es el mismo Luis quien añade que, como menor de edad que era, siempre le aconsejaba a que estudiase, «sobre todo el catecismo y el modo de ayudar a misa».

La madre se salió con la suya, pues a Valencia de don Juan se encaminaron sus pasos de niño, para ser, de mayor, sacerdote de Cristo y religioso de la Orden de san Agustín.

Corría el mes de septiembre del año 1927. Era exactamente el día 29. Gregorio acababa de cumplir los doce de su edad. Un año antes, había recibido el sacramento de la confirmación de manos del señor obispo de Oviedo, monseñor Juan B. Luis Pérez. Sus padrinos de ceremonia, don Luis Pellejero y doña María Luisa Prendes, maestros de La Cortina, se mostraban muy orgullosos de su ahijado. Los dos afirmaban que era un niño modelo.

Como quiera que el grano de trigo tiene que esconderse en la tierra y morir para luego dar fruto, el pequeño Gregorio estudió en la Apostólica de Valencia de don Juan latín y humanidades. Los libros de notas del colegio son el mejor testigo de su aplicación.

Novicio en Valladolid, profeso desde el día 11 de octubre de 1931, consciente y responsable de lo que hacía, escribirá más tarde: «No nos hagamos ilusiones: La profesión simple está destinada para esto precisamente, para darnos cuenta de si somos o no capaces de vivir esta vida religiosa, que es una cosa indudablemente seria y penosa, difícil para nuestras fuerzas humanas... Por lo que se echa de ver, cuán errados van aquellos que pretenden llevar la vida comodona y regalada en el claustro, y luego desean sacudir el yugo que voluntariamente se impusieron. La vocación es una flor delicada, que se cría entre muchas espinas que amenazan sofocarla. Son muchos los peligros, las tentaciones, las pasiones, las asechanzas, los obstáculos con que tropezamos, y nuestra voluntad por poca cosa se doblega y asusta. Por ello hay que forjarse una voluntad recia, audaz, decidida, emprendedora. Hay que combatir la molicie, la dejadez, la mediocridad, la vulgaridad. Sobre todo, la vulgaridad»²⁰.

En este largo párrafo quedaría estampada la idea que tenía él de la persona religiosa y lo que significaba la verdadera y auténtica vocación a la vida consagrada.

Fue en verdad significativo el que fray Gregorio Suárez fuera enviado a Roma a completar los estudios eclesiásticos. Hasta hace pocos años, esto se consideraba privilegio de los más dotados, siempre a juicio de los formado-

20. SUÁREZ, Gregorio, «Apuntes espirituales». En el aniversario de su profesión religiosa, n. 12, p.2 y ss.

res. Pero fue más significativo aún el que fuera a estudiar Teología a la Universidad Gregoriana, pues todos los religiosos agustinos anteriores a él lo habían hecho en el Angélico.

Suárez llegó a la Ciudad Eterna exactamente el día 6 de noviembre de 1935. Permanecería en ella hasta el 4 de julio de 1941, después de haber terminado la carrera de Teología y conseguido también la licencia en Filosofía. Dotado de una inteligencia extraordinaria, hizo una carrera brillante, siendo la admiración de profesores y alumnos. Su dedicación al estudio era plena, «pues no salía de la habitación, a no ser que tuviese que estar con nosotros –declara un condiscípulo–, y no frecuentaba visitas de fuera de casa, como solíamos ver en otros padres».

«Por lo que yo le conocí durante el curso en que fue mi alumno –declara uno–, por los comentarios que entonces oí entre los demás profesores, y por lo que después he oído decir a compañeros y alumnos suyos, me atrevo a afirmar que fue un religioso perfecto, que destacó por su preparación intelectual, por su fervor, por su delicadeza de trato y por su espíritu sacerdotal y religioso»²¹.

Cuando regrese a España y sea formador de jóvenes, les dirá: «Nunca me cansaré de insistirles sobre la obligación del estudio. Algunos no se dan cuenta de lo lejos que están en este punto de lo que debieran ser: ¿Aman de veras al estudio? No les pregunto si estudian, fíjense bien; sino más bien, si aman el estudio, si le tienen afición, si sienten avidez por instruirse más y más. ¿Acaso están aquí para pasar los días en frivolidades y recreos o distracciones? ¿Qué es lo que ahora primeramente les incumbe? ¿Acaso el pasar los días a su antojo y entregados a trazos de la desidia o flojedaz?».

A renglón seguido, poniendo su corazón en la mano ante los alumnos menos estudiosos, insiste: «Yo no sé explicarme la falta de interés que muestran algunos por el estudio... Indudablemente, que parte de la culpa al menos recae sobre mí; pero no sé cómo remediarlo... Lo que me queda siempre a disposición, es recurrir a la Stma. Virgen y al buen Jesús, para que hagan que todos ellos lleguen a ser sacerdotes: *Sic cor suum*». Con esto quedaría contento»²².

Como religioso, el testimonio del padre David Gutiérrez habla por sí solo. Hombre muy delicado de conciencia, nuestro historiador de la Orden teme equivocarse, pero nos asegura que no recuerda a otro profeso, ni a otro joven sacerdote que pueda colocar en todos sus aspectos al lado de Fray

21. Padre Dicitinio Rodríguez, *Actas del Proceso*, l. c., fol. 519–20.

22. SUÁREZ, Gregorio, «*Diario de oración*». Ms., p. 93.

Gregorio, aunque confiesa que ha conocido a muchos buenos, y a varios excelentes en los 38 años que llevaba en Roma ²³.

Como profesor, quienes mejor podían dar testimonio de su entrega y valía eran sus alumnos. Siempre puntual a la clase, le veían entrar en ella cargado de libros y apuntes, que indicaban a las claras su preparación inmediata. Pero lo que más valoraban era esa cualidad del educador que consiste en respetar y promover la iniciativa de los jóvenes, sin distinciones ni caprichos, ni mimos, ni particularismos especiales.

El doctor Brufau será tajante en esto: «Para mí, el padre Suárez era un perfecto y ejemplar religioso y que, posiblemente, su conducta tuvo una influencia sobre mí en cuanto al perfil y el aprecio de la vida sacerdotal».

Un párrafo final del propio siervo de Dios: «Hay que amar el estudio –enseña de nuevo a sus formandos–, y que se vea que tienen sumo interés por estudiar, por trabajar. La Iglesia sabe de sobra que la parte preponderante, por no decir únicamente decisiva, que tienen los sacerdotes, es su obra evangelizadora; pues son como la oficialidad en un ejército; son los directores y maestros de la humanidad; son «la luz del mundo». Pero sabe también de sobra que los sacerdotes, de vía ordinaria, no le llueven del cielo ya perfectamente instruidos y equipados con todo el bagaje que necesitan para la magna empresa que acometen y les confía. Se necesita para ello cualidades relevantes, una virtud sólidamente probada y acrisolada; una decisión inmovible de vivir para su ministerio y según las exigencias de éste; una reserva de ciencia no común, y una preparación, en fin, exquisitamente trabajada no por espacio de un día, o un año, sino de largos años» ²⁴.

IV

Con Cristo, «Camino, Verdad y Vida»

Que Gregorio Suárez era un hombre de Dios, está en la mente y en el recuerdo de cuantos le conocieron y trataron. Que cultivó con sencillez y como sin enterarse –como hacen las cosas los hombres que son verdaderamente santos–, las virtudes en grado heroico, nos los han dicho ya en parte sus alumnos, compañeros de estudios y sus amigos.

23. El padre David Gutiérrez vivió toda su vida de sacerdote y religioso agustino en Roma, donde murió cargado de méritos y virtudes.

24. SUÁREZ, *Gregorio*, «*Apuntes espirituales*», l. c., p. 6v.

Pero, puestos a destacar hitos en su vida sacerdotal y religiosa, tenemos que afirmar que, al estilo de Pablo, que decía «mi vivir es Cristo; y morir, ganancia», el siervo de Dios vivía profundamente la fe en Cristo, «Camino, Verdad y Vida», al que se había propuesto seguir en radicalidad.

«Demostraba tener una fe profunda en Dios, sobre todo en su espíritu de piedad y en el ejercicio constante de la oración, tanto mental, como vocal, participando puntualísimamente en la plegaria de la comunidad, celebrando con sumo recogimiento la santa Misa, demostrando en su conversación un profundo convencimiento en su fe religiosa, en la palabra de Dios, en la que profundizaba con sus estudios teológicos, y en mostrarse siempre un modelo de observancia de todos los deberes particulares, cual correspondía a un religioso de nuestra Orden»²⁵.

Destacaba en él –leemos en otro compañero del siervo de Dios– su vida de fe profunda y la vida intensa de piedad. También sobresalía su caridad, evitando entre nosotros toda murmuración, e incluso cortando alguna vez con toda discreción. Era muy dado en servir a los demás, olvidándose de sí mismo. Se advertía en él un gran espíritu misionero... Existía una armonía perfecta entre su dedicación al estudio y su observancia religiosa y de piedad. Tenía un gran sentido de la justicia.

Alguien ha querido apreciar, en su espiritualidad, unas características semejantes a las que se advierten en «la infancia espiritual» de Santa Teresa del Niño Jesús. Es posible. Mas el mismo sujeto que hace esta afirmación añade que dichas características iban acompañadas «de profundas raíces teológicas». Aparte de que en la misma espiritualidad estaban influyendo las condiciones de naturalidad, sencillez y espontaneidad inherentes a su persona.

Porque, en verdad, era Cristo el que ocupaba el centro de su vivir como religioso y sacerdote. En su *Diario de oración* escribirá un 18 de diciembre del año 1945: «Jesús es la Verdad subsistente y personal de quien participan la verdad todas las cosas. Cuando estudio, leo, hago proezas, escribo, debo tener presente que me ocupo de Jesús *directamente*, y no sólo en virtud de la *intención* de agruparle, como pudiera hacerlo quien va a cavar al campo... Porque en todo esto busco la verdad, y la verdad es Jesús... ¡Qué perspectivas tan encantadoras y agustinianas netamente! Jesús es la verdad, *la luz* («lux mundi»): Ver en todo un reflejo de su luz divina («erat lux vera»). ¡Cómo cambiarían de valor todas nuestras investigaciones, si en todo viéramos la *Verdad*»²⁶.

25. Padre Balbino Rano. *Actas del proceso*, l. c., fol.732-33.

26. SUÁREZ, Gregorio, «*Diario de oración*», l. c., p. 4.

Días más tarde, en el mismo cuaderno, anotará lo siguiente: «Jesús nació para honrar y glorificar a su Padre. Este fue el motivo último de todo: la Encarnación. ¡Y cuánto bien le procuró ya desde su nacimiento! Una lágrima, un gemido del tierno infantito alababa y agradaba a Dios infinitamente, y le dio más gloria que todos los sacrificios y cultos majestuosos del grandísimo templo de Salomón. La gloria de Dios: ¿cuándo será el móvil de todas mis acciones? Todo para gloria de Dios, ¡qué fácil..., qué difícil!».

Mas al padre Suárez le parecía que la meditación de este día, con estos pensamientos, «había sido floja y decaída, sin aplicaciones prácticas realizadas y concretadas»²⁷.

Un día después, 27 de diciembre, se siente más fervoroso y escribe en su *Diario*: «Jesús nos trajo la paz con Dios por su hijo *mediación*... Gratitud a Jesús. Además nos anuncia la paz con nosotros mismos y pone como condición la buena voluntad (no ya la santidad consumada). Para ello, luchar contra las pasiones. Imitar los ejemplos de Jesús».

El siervo de Dios se imagina que se encuentra entre los pastores, y se pregunta a sí mismo: “¿Cómo adorarían los pastores al Niño Jesús? ¿Qué le dirían ellos, ignorantes y rústicos, sin ideas? Seguramente que, movidos por el Espíritu Santo, se postrarían en silencio ante la cuna y le ofrecerían las oraciones y sentimientos de la Santísima Virgen y de san José, como si fueran suyos propios.

¿Qué sentimientos animaban a los ángeles y a los pastores? A los ángeles, de admiración, adoración y respeto. A los pastores, sentimientos más rudimentarios. Seguramente que, admirados por el anuncio de los ángeles, acudieron presurosos al portal, y apenas sin comprender tal misterio, le ponen sus pobres ofrendas (y quizá le buscan casa), y en silencio se postran ante él».

En una charla que dé a sus formandos sobre el *Sacrificio y la alegría*, les dirá: «Con un amigo como Cristo, la dicha viene a habitar en nuestra alma. El es nuestro jefe y debemos sentirnos estremecer de gozo al ver que Jesús nos invita a acciones arriesgadas y heroicas por su gloria. Esto es señal de que tiene confianza en nosotros y con nosotros. Con un jefe como Jesús, ¿titubharemos en seguirle?».

En este aspecto y animando a los jóvenes a seguir a Cristo, les cita una frase del agustino padre Zacarías Martínez, el cual decía, en una de sus célebres conferencias, dadas en Madrid el año 1921, que «un joven, como hombre sin ideal, no se distingue de las almejas». Y se preguntaba el siervo de

27. *Ibid.*, l. c., p. 6.

Dios: «¿nuestro ideal?... Oh bone Jesu, sacerdos secundum cor tuum: ¡Oh buen Jesús, sacerdote según tu corazón».

Una de las devociones preferidas del siervo de Dios era, precisamente *la del Corazón de Jesús*, siendo abundante la doctrina que nos ha dejado sobre la misma.

Él concatena el mes de mayo con el siguiente de junio, por aquello de que debemos ir a Jesús por medio de María, según el lema de la «Esclavitud mariana»: «Ad Jesum per Mariam».

«María no tiene otra misión –escribe–, ni otro anhelo que la de acercarnos más y más a su Hijo; introducirnos en su presencia; someternos, por decirlo así, a una acción más directa y por tanto más eficaz de Jesús en el alma»²⁸.

Pero la Virgen en ningún modo pretende que nos quedemos en ella sólo. Sabe muy bien que nuestra santidad y perfección no estriba sobre otro fundamento sólido más que Jesús, según doctrina del apóstol san Pablo. Esta es la roca viva –añadirá el padre Suárez– sobre la que debemos alzar el edificio de nuestra perfección hasta el cielo, sin temor a que se resienta o se cuartee.

Cristo es la Cabeza que ha de dirigir el desarrollo y la actividad de su cuerpo místico, y cuanto más cerca estemos de ésta, mayores serán nuestros progresos en la virtud.

En cuanto a la devoción concreta al sagrado Corazón de Jesús, nuestro venerable tiene ideas tan profundas, como consoladoras. «Nadie ignora –escribe– que, sobre todo en las emociones fuertes se altera profundamente el corazón, que late más apresuradamente, que palpita y se acelera en los casos de temor y de congoja, lo mismo que cuando se espera un acontecimiento grato, o se acaba de recibir una noticia alegre y deseada...

También el corazón de Jesús se angustiaba, se ensanchaba y palpitaba y latía a impulsos de un gran amor. Sentía igualmente en su corazón la tristeza, el pesar que sentimos nosotros ante la incompreensión, la hostilidad, la ingratitud, la calumnia, la miseria y desgracia nuestra, o ajena. Jesús era un verdadero y propiamente enamorado de los hombres, para los que vino al mundo, y vivió oculto durante treinta años, y se consagró a la vida pública, inmoló su vida entera hasta morir en una cruz»²⁹.

Pero no quiere errores sobre el particular, ni devociones sentimentalistas. Veneramos el amor del corazón de Cristo –enseña el siervo de Dios–; o sea, del Hijo de Dios y el corazón de carne de Jesús. Mas no hemos de olvi-

28. Estas ideas las toma el siervo de Dios del libro *Repertorio universal del predicador* y también del librito «*Manete in dilectione mea*», entonces muy de moda.

29. SUÁREZ, Gregorio, «*Apuntes espirituales*», l. c., p. 3 y 4.

dar que tanto una cosa como otra, no son subsistentes y separadas por su cuenta: veneramos el corazón de Jesús, que pertenece al mismo Cristo, que está, por tanto, unido a la Divinidad; y consiguientemente, nuestro amor y veneración se determinan a la persona del Verbo de Dios. Es un culto por tanto de *latría*, ya que el Verbo es Dios.

El padre Suárez, que se siente responsable de sus educandos, explica cómo se fue divulgando la devoción al corazón de Jesús a lo largo de la historia de la Iglesia. Desciende a la devoción de los llamados «Nueve Primeros Viernes de mes», y lo que lleva consigo este privilegio. Para terminar en la Eucaristía, en donde está vivo y palpitante ese mismo corazón de Cristo-Jesús. Aquí se explyea el corazón amoroso del excelente pedagogo, y aquí se queda como extasiado, como sin saber qué decir.

A mi me parece verlo terminar su clase espiritual, extendiendo mucho los brazos, que se acodan sobre la mesa. Sonríe. Y se levanta para rezar la oración final.

V

La Eucaristía, sacramento de amor y de unidad

El padre Gregorio Suárez tenía muy presente –los alumnos lo recordamos bien– una frase atribuida al serafín de Asís: «El amor no es amado. El amor no es amado».

Por eso enseñaba y repetía constantemente en sus clases: «Aprendamos a amar a Dios y a las almas, viendo cómo Cristo amó al Padre y a los hombres, por los que entregó su vida. Aprendamos aquel celo por la gloria de Dios que le abrasaba y que era su comida y bebida; aquel amor que se sacrifica y se hace obediente hasta la muerte y ésta de cruz».

Los testigos que declaran en el Proceso de su beatificación destacan, de modo especial, sus tres grandes amores: amor a la Eucaristía, a la Virgen y a la Iglesia.

El testimonio es unánime. Llamaba poderosamente la atención el recogimiento y fervor con que celebraba la misa y su asiduidad en las visitas al santísimo Sacramento. De noche, llegada la hora del silencio que entonces se llamaba «mayor»³⁰, el siervo de Dios se iba al coro, o a la capilla de los colegiales, y allí se pasaba largos ratos de oración, tan recogido en su exterior e

30. El silencio *mayor* solía ser hacia las once de la noche, hora en que todos los religiosos debían estar recogidos en sus celdas.

interior, normalmente de rodillas, que no se enteraba de cómo los alumnos, sigilosamente, le contemplaban llenos de admiración y en completo silencio.

«Al terminar el día –dice uno de los testigos, por todos, pues son abundantes los que inciden en este tema–, le encontrábamos a él allí (en el coro), de rodillas, pero de una manera callada y oculta. Su visita al Santísimo era prolongada y repetida varias veces a lo largo del día»³¹.

Hombre de gran fe, la expresaba de modo singular «en el culto a la Eucaristía y en la celebración de la santa misa, al igual que en la gran devoción que tenía a la Stma. Virgen». Declara otro de los testigos.

«Yo ví su fe reflejada –añade un tercero– en la oración continua, resaltando sobre todo la devoción eucarística, así como en la devoción de la santísima Virgen, bajo las advocaciones agustinianas de la Consolación y del Buen Consejo».

Atanasio van der Weijden, que ha salido ya en páginas anteriores, illustre agustino holandés, profesor del colegio internacional de Santa Mónica de Roma, le recuerda «metido en una intensa preparación para celebrar la misa y luego dedicaba un largo tiempo para dar gracias».

Le recuerda, igualmente, demostrando una gran caridad hacia los hermanos enfermos. Y en punto a la castidad, su misma compostura externa lo declaraba a viva voz y simple vista.

Era tan exquisito y tan fino amante de la Eucaristía, que tenía verdadero horror –lo declara el padre David Gutiérrez– a que su vida de piedad, especialmente en la celebración de la misa y la comunión, llegara a hacerse por rutina. De tal manera, que no solamente advertía de este peligro a sus compañeros y súbditos, sino que también demostraba vivamente el deseo de evitarlo en su propia vida.

Hablando de este hermoso tema en sus clases espirituales, solía decir: «Jesús tiene su cátedra en el sagrario. Es importante la hora de la visita en la comunicación de secretos personales... La hora de las convivencias de nuestra vida interior... La hora de la petición de luz, amor, fortaleza y reparación de sacrilegios, tibiezas y olvidos».

Y en una cofidencia íntima añade: «Prometí empezar a obrar así desde mi primera comunión, y algo hice, aunque poco»³².

En una de sus charlas misionales, explayando su corazón con los alumnos, les decía: «Es menester que vayamos a la puerta del Sagrario a escuchar sus quejas, a oír sus invitaciones, a consolarle en su abandono. ¡Qué gran

31. Monseñor Gabino PERAL, *Actas del proceso*, l. c., fol. 179

32. SUÁREZ, *Gregorio*, «*Diario de oración*», l. c., p. 251.

provecho sacan tantas y tantas almas de su pasión y muerte, que son de valor infinito. Mas nó hay quien lo distribuya y reparta entre los cristianos. Ha confiado esta misión sublime, incomparable, a sus sacerdotes. Mas ¿cuántos son los que se dan de lleno a ella? Ante todo, buscamos nuestras cosas y comodidades; nuestras satisfacciones humanas; a nosotros mismos en primer plano. Y es que el apostolado exige sacrificios, renunciaciones y privaciones que suponen una voluntad fuerte y robusta, decidida a todo. El apostolado siempre, más sobre todo en misiones, trae consigo mucha abnegación, muchos sacrificios. No olvidemos esta profundísima sentencia del padre Guyomard: «El misionero es un postulante del trabajo, antes de ser un postulante del martirio»³³.

VI

La Virgen María, Madre de Dios y de los hombres

En el mencionado *Diario de oración*, que comienza justamente con la fiesta de la Inmaculada, del año 1945, podemos leer el siguiente texto: «María en la mente divina. Ella ocupa el puesto primordial «ab aeterno», y luego lo mismo en la creación. María es el centro hacia donde converge la creación entera. Es la madre del Verbo y éste no podía permitir que se rebajase a su madre.

Otro tanto deberá ocurrirnos en nosotros: María deberá ocupar el centro de nuestra vida, subordinada siempre a Dios, y la meta de nuestras aspiraciones cotidianas. Verla en todo, amarla y buscarla en todo»³⁴.

Comenzado el año 1946, el día 26 de enero, dejará escapar estas expresiones amorosas hacia su tierna Madre: «María la Reina. Esposa. *Adstittit Regina...*, canta la Iglesia. Y es que María es la Reina y Esposa y Madre, asociada a la obra de Jesús. Se preocupa constantemente de nosotros para interceder («*Vinum non habent*»); pero a la vez nos dice: «*Quounque dixerit vobis, facite*». Y esto es lo que solemos descuidar. Si estuviéramos ojo abierto para conocer y cumplir la voluntad de Jesús (veríamos) cómo María está a favor nuestro»³⁵.

Los que tuvimos al padre Gregorio de profesor y pedagogo le recordaremos siempre como un religioso amantísimo de la Madre de Dios.

33. *Ibid.*, l. c., p. 251.

34. *Ibid.*, l. c., 10 de diciembre de 1945, p. 2.

35. *Ibid.*, 26 de febrero de 1946, p. 17.

En el mes de mayo gozaba como un niño y más que cualquiera de nosotros. Rezaba y cantaba «las Flores» con más devoción que ninguno. Cuando llegaba una fiesta litúrgica mariana, se le notaba una alegría especial que contagiaba a todos.

En sus *Apuntes espirituales* alude constantemente a la Virgen como modelo de perfección cristiana y religiosa. Aprovecha la fiesta de la maternidad divina de María para renovar su entrega generosa a Dios por medio de la Señora.

Enseñaba que esta maternidad divina es la prerrogativa que le confiere todas las demás, y la que le eleva a la dignidad más grande entre los mortales. Al ser constituida madre de Dios-Hombre, quedó constituida también madre de todos aquellos que han sido incorporados a este hijo divino.

«El Verbo de Dios –explica el teólogo mariano–, al hacerse carne en las entrañas de María, unió consigo a toda la humanidad en un solo cuerpo, del que él es la cabeza, y por lo tanto María viene constituida madre también de todos los hombres redimidos por Cristo»³⁶.

Porque, «¿quién estuvo tan cerca de Jesús y tomó parte más activa e íntima en su sacrificio, que su madre? Desde Belén, la Purificación, la Cena, hasta el Gólgota... ¿Qué conversaciones serían aquellas en que Jesús hablaba con su madre acerca del gran sacrificio que un día habría de realizar?». Esto dejaba estampado en su *Diario de oración*, el día 10 de febrero de 1946.

A los alumnos inculcó mucho la devoción a la «Esclavitud mariana». Y nos decía que nunca llegaremos a comprender las grandezas de la Stma. Virgen debidamente; «pero nuestro deber es ir las estudiando y meditando cada vez más; írnoslas asimilando y rumiando y, consiguientemente, reconocerlas y ensalzarlas; alegrarnos de ellas; felicitarla por ellas, y celebrar con toda el alma, con júbilo y entusiasmo, sus festividades. Las fiestas litúrgicas de la Virgen deben sernos acicate que estimule constantemente nuestra devoción y nuestro espíritu mariano. No las dejemos pasar rutinariamente».

Quisiera él penetrar y sentir, cual conviene, su vida íntima con María, su amor tierno y filial, su veneración profunda, su devoción cálida y encendida, para poderla comunicar luego a sus queridos seminaristas. «Sí; quisiera que en mi corazón –escribe– ardiera esa viva llama de amor para con la santísima Virgen, para poder comunicársela, para poder comprender las grandezas de María, para exponerlas con calor, pues sólo quien ama, puede inflamar en ese amor»³⁷.

36. SUÁREZ, Gregorio, «Apuntes espirituales». La maternidad de María, n. 12, p. 5 y s.

37. Ibid., l. c., mes de mayo, n. 16, p. 2.

Pero, sereno y profundamente espiritual, vuelve sobre sí mismo y nos aclara a todos: «María no necesita que nosotros finjamos sus títulos de gloria y su merecimiento a nuestros homenajes. Démosle lo que le compete y Dios le ha dado, y con eso no perderá nada nuestra veneración y amor. Que el culto de María, para ser digno y vivo, ha de ser teológico, fundado en la revelación y doctrina de la Iglesia, no en los sentimientos.

Por otra parte –remata con tan espléndida y fundamentada doctrina–, la devoción a María solamente es un medio para alcanzar la caridad y unión con Dios. «María no es el fin, ni el fundamento de nuestra vida espiritual, que es la comunicación con Dios, la participación de la vida divina. En último término, la unión con Cristo, Camino, Verdad y Vida. Pero esto no le resta nada a la mediación de la Santísima Virgen y su poder de intercesión ante Dios por los hombres, sus hijos. Sólo decir que es madre y saber que lo es de verdad, ya basta»³⁸.

VII

Apóstol y misionero de la Iglesia

El padre Agustín Trapè resaltaba el espíritu misionero del siervo de Dios, que le nacía muy de dentro, como hijo de una provincia misionera, la del Stmo. Nombre de Jesús de Filipinas.

El 20 de octubre del año 1946, domingo, con motivo de celebrarse en ese día la fiesta del *DOMUND*, escribe muy reflexivo: «¡Qué día este tan hermoso! ¿Qué me pide Jesús hoy? ¡Qué poco siento en mí el anhelo misionero del Corazón de Jesús! Realmente mi vida se desarrolla como si no existieran mil cuatrocientos millones de infieles que convertir. Porque, a la verdad, ¿qué méritos introduciría yo en mi vida, si de la noche a la mañana me dijeran que ya no había ningún infiel que convertir? En esta hipótesis, ¿qué es lo que yo tendría que dejar de hacer y en qué emplearía mis actividades? Sinceramente hablando, debo reconocer que no haría falta introducir cambio alguno apreciable, porque la conversión de los infieles no ocupa ningún lugar apenas en mi vida. ¡Qué triste es, pero qué verdadero! El problema misionero no se plantea en mi corazón. Mi vida se desarrolla al margen de las misiones. Sí; creo que tiene mucha importancia, y lo digo alguna vez, y hasta rezo algún padrenuestro, pero ¿es eso ser misionero? ¡Qué vergüenza!

38. *Ibid.*, p. 5 y ss.

Los misioneros forman legiones y van ensanchando el reino de Cristo, y yo ¿qué hago? ¿qué soy? ¡Un haragán!»³⁹.

Sin embargo, tenemos que reconocer –a pesar de lo que acabamos de escuchar– que nuestro padre Suárez era un misionero de verdad, sin ir a tierras de misión. Estamos seguros de que, de haber vivido más años –solamente pudo ejercer su sacerdocio del 1938 al 1949–, hubiera dedicado sus tiempos, además del estudio, al apostolado de la Acción Católica, hacia la que le había inclinado el padre Lope Cilleruelo.

Digo esto, porque en las ocasiones que pudo, comenzando ya en Zaragoza, apenas vino de Roma, siguiendo luego en Valencia de don Juan, se ejercitó en el apostolado de los fieles, en cuanto sus obligaciones se lo permitieron.

Son las llamadas «Hijas de María» de los pueblos cercanos a la villa leonesa, las que todavía pudieron testificar en el Proceso de beatificación y narrar cómo el siervo de Dios les predicó algunas veces el sermón por el mes de mayo, o en la fiesta del sagrado Corazón de Jesús, lo mismo que en una *Semana Santa*, que hizo en el pueblo de Alcuetas, y cómo estaban edificadas, no solamente por la palabra predicada, sino también por su modestia, recogimiento y compostura.

Pero fue en Llanes, al lado de su hermano Manuel, párroco de esta bella ciudad asturiana, donde más debió trabajar entre las jóvenes de Acción Católica. Varias de estas jóvenes declaran que le tenían no sólo respeto, sino también una gran veneración, pues «jamás le vimos faltar en nada –dice una de ellas–. Es más, por lo que pude ver de su vida, tengo que manifestar que era un hombre de mucha fe, de mucha vida de oración. Con nosotras ha demostrado su amor al prójimo, tratando de enseñarnos con la mayor caridad»⁴⁰.

Apóstol, misionero, alma ecuménica, se duele con frecuencia de la falta de unidad en la Iglesia y sufre por las Iglesias separadas.

Con motivo del *Octavario por la unión de las Iglesias*, que entonces celebrábamos con verdadero fervor y como algo nuevo que nos atraía a los jóvenes profesos, terminando el día de la conversión de san Pablo, escribe sobre este tema unas reflexiones, lamentando el hecho doloroso de ver las graves y seculares discordias que reinan aún entre los cristianos que profesan la misma fe en Jesucristo.

Esto lo considera un desconcierto que sorprende y nos deja confusos. «¿No sería posible –se pregunta– venir a un acuerdo sobre los puntos funda-

39. SUÁREZ, Gregorio, «Diario de oración», 20 de octubre de 1946.

40. SUÁREZ, Gregorio. *Actas del Proceso*, l. c., fol 2 y v.

mentales, siquiera entre tantos cristianos? Muchas veces se ha intentado esta obra y, no obstante, no se ha conseguido todavía... Al fin de cuentas, los hermanos separados tienen casi las mismas creencias que nosotros. Su separación de la Iglesia de Roma fue obra de política y no cuestión religiosa, que se fue fraguando poco a poco desde el traslado de la capital del imperio a Constantinopla»⁴¹.

De su amor a la Iglesia dan testimonio sus escritos y enseñanzas a los alumnos. En su *Diario de oración*, el 19 de diciembre de 1945, dejará escrito: «Construyendo el edificio de la santidad. Hemos de construir positivante nuestro edificio al edificio del cuerpo de Jesucristo del que somos piedras, que necesitan ser talladas, suavizadas, limadas de todas las aristas y asperezas a golpe de martillo y de buril. Dios es el primer constructor y nos hemos de dejar tallar pulir, aunque duela; pero también hemos de presentar nuestras aportaciones personales».

Amante fino de nuestra madre la Iglesia, en uno de sus frecuentes soliloquios dirá: «¡Cuánta cizaña se halla en ese campo tan cuidadosamente plantado por Jesús del más escogido trigo! ¡Cuántos malos se hallan en la Iglesia: en las diócesis, órdenes, parroquias, comunidades! Si quisiéramos separarnos de la cizaña, tendríamos que salir del mundo. El Señor sufre la cizaña, ama a los malos, y nosotros ¿no queremos soportarlos? Mientras estamos en el campo y en la era, todo está junto, trigo y paja, pero al llevarlo al granero, se verifica la separación».

Y comentando el grano de mostaza evangélico, escribe: «La Iglesia es esa insignificante semilla que, partiendo de comienzos tan humildes y luchando contra tantos adversarios, llegó a vencerlos a todos, para seguir y convertirse en el gigantesco altar que admiramos».

VIII

Al cabo de cincuenta años

La muerte del padre Gregorio Suárez fue muy sentida, no sólo entre sus alumnos de Valladolid y de Salamanca, sino también entre los compañeros y amigos que le consideraban como un religioso modelo.

41. SUÁREZ, *Gregorio, Apuntes espirituales*, l. c., p. 2 y v.

Pero nunca se había hablado de su santidad. Los testigos que declaran en el Proceso, unánimemente afirman que fue precisamente a raíz de su muerte, cuando se empezó a tenerlo como un religioso y sacerdote dotado de excepcionales prendas, que había practicado las virtudes, no solamente las teologales, sino también las cardinales y sociales en grado heroico.

Y así lo van manifestando ante el Tribunal eclesiástico. La cosa comenzó más en serio, cuando se publicó la biografía del siervo de Dios: *Padre Gregorio Suárez. La esperanza abierta*.

Esto ocurría el año 1975. Siguió luego la Causa y el Proceso de beatificación, abierto en Valladolid el año 1982, y seguido igualmente en Roma, Salamanca, Oviedo, Iquitos, Jerusalén y Filipinas, a fin de que pudieran declarar más fácilmente los testigos de los lugares citados, sin necesidad de desplazarse hasta la Ciudad del Conde Ansúrez.

Una Causa y un Proceso llevado, a juicio de los expertos de la Congregación pertinente, de modo ejemplar, y en el que declararon más de ochenta testigos, que conocieron y trataron de cerca al siervo de Dios.

El Postulador General de la Orden siguió trabajando en Roma en la Causa. Pero este servidor de ustedes no puede olvidar que el mismo día y a la misma hora en que él subía por un ascensor del Vaticano, con los veinte gruesos volúmenes del Proceso, para entregarlos oficialmente a la Congregación, por otro ascensor paralelo subía el padre Rafael Pérez, con toda la documentación de la causa del ya beato José Ma. Escrivá de Balaguer.

Nuestro «venerable» –escrito así, con minúscula– está esperando que en Roma le den este título oficial, definitivo, y con mayúscula. Hace ya cincuenta años que subió a la casa del Padre. Su causa ahí está. Como está su mensaje a los que la debemos seguir y, sobre todo, imitar su vida. De cuantos testigos nos ofrecieron el suyo, escojo, una vez más, el del padre Agustín Trapé. «Creo que el siervo de Dios –declara el digno General de los agustinos– tiene un mensaje que enviar a la Orden; de modo especial, a los jóvenes, y aun a la Iglesia contemporánea: Es el mensaje de la incondicional atención y dedicación al ideal de la sabiduría de san Agustín, del que era hijo espiritual. En este ideal, el estudio es la expresión de la piedad, y la piedad es el alma del estudio: las dos características de la breve vida del siervo de Dios».